en tu hijo: su suerte está aun en tus manos; teme á la que te escribe, pues ya la conoces: el hierro está preparado. Es preciso negar ó perecer."

En la audiencia del 30, un nuevo testigo ecsaminado en virtud del poder discrecional, declara que se relacionó con Bastide en la cárcel de Rhodez, en donde se hallaba aquel preso por robo, y que Bastide le decia con bastante frecuencia: "Si no fuese por Jausion, no habria hablado Mad. Manson contra nosotros, porque se le hubiera quitado la vida."

Ecsaminada Mad. Manson sobre este particular, respondió:

—En la noche del 19 de Marzo á eso de las ocho, pasaba yo por la calle de los Hebdomadarios á tiempo que oí el ruido de muchas personas que venian tras de mí. Refugiéme en el portal de una casa que despues supe era la de Bancal, y allí me cogieron y me llevaron dentro. Dije que era mujer, pues iba vestida de hombre, y me hicieron entrar en un aposento, desde donde oí ruido y gemidos. Apoderóse de mí el terror y me desmayé. No tardé en oir un nuevo rumor y me sentí arrastrada hácia un cadáver, alrededor del cual ví mucha gente, pero sin reconocer á nadie.

—¿Oísteis gemidos? le preguntó el presidente.

—Sí, gemidos.... gritos sofocados.... y oí caer la sangre en un cubo (sensacion de horror en el auditorio). Temí por mis dias y traté de abrir una ventana para escaparme; pero estaba demasiado alta y me dí un golpe que me hizo echar sangre por las narices. Entraron entonces en el aposento y me llevaron á la cocina, en donde me cogió un hombre de la mano y me condujo á la plaza de la Cité. Preguntóme si le conocia y yo le dije que no. Manifestóme que habia ido allí para ver á una muchacha, y aprocsimándose entonces hácia nosotros un hombre con una linterna, se separó de mí diciendo que no queria ser visto. Dirigíme á casa de Victoria, antigua doncella de mi madre, y me siguió el mismo hombre, el cual se acercó nuevamente á mí y me dijo: "Aquí no está tan oscuro: ¿me reconoceis?"—"No, ni quiero tampoco conoceros, le contesté." Pasé la noche bajo el pórtico de la Anunciata y volví á mi casa sin que llegaran á saber que hubiese salido. A nadie reconocí, la luz alumbraba débilmente, y cuando salí habia poca gente, hablaban bajo y nada oí. Iba vestida de hombre con un pantalon azul, que quemé luego, porque estaba manchado con la sangre que derramé. No he prestado juramento ninguno.

El acusado Jausion que durante la anterior declaracion mostraba la mayor ansiedad, conjuró á Mad. Manson que declarase si se hallaba él en casa de Bancal, si le habia visto. Mad. Manson pareció titubear un momento, derramó lágrimas, oprimióse la frente con sus dos manos y esclamó con voz sombría:

—¡Nada tengo que contestar á esa cruel pregunta!

Por último, en la audiencia del 3 de Abril se abrió paso la verdad en medio de una escena dramática. Un testigo, M. Blanc de Bourrines, hizo la siguiente declaracion:

—El 20 de Marzo entre siete y ocho de la mañana, supe que habia sido encontrado un cadáver en el Aveyron, y muy luego llegó á mi noticia que era el del infeliz Fualdés. Sabia que M. Jausion estaba muy relacionado con él, y corrí al punto á su casa para preguntarle donde habia estado Fualdés por la noche, y qué medios creía se hubiesen empleado para sacarle fuera de su casa. Cuando llegué estaba Mad. Jausion al espejo, y Jausion sentado en una silla apoyaba su cabeza sobre las manos como un hombre penetrado de dolor.

—¿No sabeis nada? me dijo Mad. Jausion.

—Ahora mismo acaban de decírmelo.

—¿Qué hará el hijo de M. Fualdés y cómo habrá llegado á su noticia?

—No sé: aguardo á Mad. Coste para ir juntos.

Creo recordar que en todo el tiempo que duró mi conversacion con Mad. Jausion, su marido no profirió una sola palabra y yo continué recorriendo la ciudad para tomar informes.

El 21 tuve ocasion de hablar á Mad. Manson.

—Y vos tambien, Blanc, me dijo, ¿creeis que estuviese yo en casa de Bancal?

—Lo habeis confesado, y estoy autorizado para creerlo. M. Clemandot lo ha dicho.

—Pero, Blanc, ¿no habeis oido que hay comprometida en ese horrible asunto una persona que lleva los nombres de Enjalrand y de Manson?

—Sí.

—Pues bien, yo llevo esos dos nombres.

—Entonces debereis saber alguna cosa.

—No, nada sé: yo no estuve en casa de Bancal.

—Habeis dicho que hace quince dias habíais sido testigo en este asunto, y que vuestra declaracion mataba á los acusados.

Mad. Manson negó haber pronunciado estas últimas palabras: el testigo se indignó, pero Mad. Manson continuó sosteniendo con energía que se desnaturalizaban sus intenciones, que no pudo haber dicho que su declaracion matase á los acusados, porque nada sabia con esactitud sobre ninguno de ellos. Esta negativa y la actitud que parecia tomar Mad. Manson con un testigo de buena opinion y fama, pariente suyo, reanimaron las esperanzas de los principales acusados, que conocian por instinto que el mejor medio de hacer creer en su inocencia era conjurar á Mad. Manson á que dijese toda la verdad una vez que parecia decidida á persistir en su sistema de reticencias.

—Señora, esclamó la viuda de Bancal, decid sin reserva lo que sepais.

Mad. Manson calló, no obstante que el presidente hizo observar que respecto de la viuda de Bancal se hallaban establecidos los hechos hasta la evidencia. M. Dubernad, abogado de Jausion, conjura á su vez á Mad. Manson que se esplique, que ponga término á esas medias revelaciones, mas funestas para los acusados que los cargos formulados con toda precision. La interpelada no responde, y parece agitada entre la necesidad de decirlo todo y el temor de entregar al cadalso al hombre que le salvó la vida. Bastide, por último, que no cesó de defenderse con una calma y libertad de ánimo no-

tables, creyó tambien que debia aprovecharse de las fluctuaciones de Mad. Manson, y levantándose dijo en tono solemne:

—¡Y yo tambien, señora, os conjuro que digais toda la verdad! ¡Vuestro silencio, vuestras tergiversaciones me han hecho sufrir por mucho tiempo: ya habeis estado á punto de hacer caer mi cabeza ¡os conjuro que hableis!

De repente Mad. Manson como si se sintiese dispertada por la irónica gravedad de aquellas palabras, de tímida y trémula que estaba se puso irritada y amenazadora. Se levantó de su asiento pálida y agitada por un movimiento convulsivo: animóse su rostro, brillaron sus ojos, y la sola espresion de *desventurado* que lanzó al acusado, pronunciada con acento de reconvencion y de desprecio, sumergió al auditorio en una especie de estupor. No parecia sino que se habia oido el silbido de la serpiente, el aterrador chirrido del instrumento del suplicio. El tribunal, los jurados, el auditorio, todos se estremecieron con un simpático movimiento de terror. Solo Bastide permaneció tranquilo y risueño.

FUALDES.

—Vamos, señora, dijo acompañando sus palabras con una sonrisa sarcástica, basta ya de comedia; dejaos de monosílabos, y guardad vuestras frases ampulosas para vuestras memorias: decid al fin la verdad.

Mad. Manson, á quien se hizo bajar del pretorio, da algunos pasos, separa á los gendarmes que la rodean, y encarándose con Bastide esclama:

—¿Me reconoceis ahora?

—No, respondió Bastide perdiendo su habitual serenidad: no, no os reconozco.

—¡Con que no me reconoceis, asesino, cuando vos fuísteis el que quiso degollarme!

Jausion se turbó en estremo. Bastide se esforzó aunque en vano en ocultar su agitacion bajo una calma irónica. Pero las fuerzas de su acusadora quedaron agotadas y esta cayó desmayada. El presidente levantó la audiencia, y la muchedumbre se retiró bajo la impresion estraordinaria de aquella escena, cuyo efecto dramático no es dado á la pluma describir.

En la audiencia del dia siguiente, 4 de Abril, el presidente recuerda á Mad. Manson los términos de su declaracion del dia antes, y le pregunta si debió á un arrepentimiento laudable del que queria asesinarla el haber salido con vida de la casa en que acababa de cometerse á su vista el asesinato de M. Fualdés, ó si debió su salvacion á la intervencion de Jausion. Mad. Manson responde que de aquel horrible momento no ha podido conservar ningun otro recuerdo esacto.

—Es cierto, dijo, que hice un juramento, pero no puedo recordar sus términos. Lo que mas impresion me causó en casa de Bancal y lo que jamas se borrará de mi memoria, es que un monstruo quiso asesinarme.

—¿Fuísteis salvada por algun otro? la preguntó el presidente.

—Sí, otro me salvó y me condujo á la plaza de la Cité.

—¿El que vino en vuestra ayuda era del número de los asesinos?

—No podré decirlo, pero me arrancó de manos de Bastide que queria asesinarme.

—¿El individuo que os salvó se halla en el número de los acusados?

—Es muy posible.

—¿Es Bax?

—No señor, no puedo decir mas.

Tomando entonces la palabra M. Dubernard, defensor de Jausion, y dirigiéndose á Mad. Manson, le dijo que sus reticencias eran mil veces mas terribles que una acusacion formal.

—Hablad, esclama, aunque debais conducir á Jausion al cadalso: os conjuro que digais la verdad.

—Jausion se asocia á su defensor.

—Señora, dijo, mi suerte está en vuestras manos: os pido en nombre de mi mujer y de mis hijos, que es lo que mas amo en este mundo, que os espliqueis. Esta vida no es nada en comparacion de la eternidad. Decid si me visteis en casa de Bancal, decid si fuí yo quien os salvó la vida.

—¡Nada tengo que decir! respondió Mad. Manson ocultándose el rostro entre las manos.

—¿De qué modo os hicieron prestar juramento? le preguntó M. Combette de Caumont, uno de los consejeros: ¿estábais de rodillas?

—Lo ignoro, respondió Mad. Manson; es fácil que me hicieran poner de rodillas: yo no era dueña de mí en aquel momento y todo lo veia á traves de una nube. Aun ahora mismo que mi vida no está en peligro, no soy dueña de mí misma.

—¿Qué trage llevábais? preguntó Bastide.

—Ya he dicho al tribunal que estaba vestida de hombre.

BASTIDE (al presidente.) Os suplico que tengais á bien preguntar á Mad. Manson cuál era el motivo que la habia llevado á casa de Bancal.

MAD. MASON. ¿Qué puede importarle esa circunstancia al principal acusado? (Despues de titubear un momento). Estaba espiando á una persona en la calle de los Hebdomadarios, porque tenia derecho para hacerlo. Me hicieron entrar á la fuerza en casa de Bancal.

BASTIDE. ¿Qué sombrero llevábais?

MAD. MANSON. Una gorra.

BASTIDE. ¡Muy bien! Era mucho mas cómoda para poderla guardar en el bolsillo.

UN CONSEJERO. M. Pinaud (á Mad. Manson): En vuestros interrogatorios habeis descrito el lugar de la escena, y reparásteis en una mesa sobre la que el desgraciado Fualdés fué degollado. Erais de consiguiente dueña de vos misma. Vísteis á los asesinos, y sus facciones han debido quedar grabadas en vuestra memoria. Olvidais ese juramento que se os arrancó á la fuerza: ¡hablad!

MAD. MANSON. Señor consejero, estoy sentada en el banco de los acusados, y solo me toca defenderme. Como acusada, debe establecerse mi complicidad; como testigo, ya sabré lo que he de hacer.

—BASTIDE. ¡Vaya un lenguaje! Que el tribunal exija por fin esplicaciones á Mad. Manson, como á cualquiera otro cómplice!

MAD. MANSON (levantándose con violencia). ¡Vuestra cómplice, Bastide!

BASTIDE (con frialdad). Sí por cierto, señora; no deberíais gozar de mas privilegios que nosotros, y sin embargo, se os permite atacar uno tras otro á todos los miembros de mi desgraciada familia. ¿Cómo pueden los magistrados esperar la verdad de boca de una comedianta, que aspira á la celebridad haciendo poco caso de los medios, la virtud ó el crímen, para conseguir su objeto? ¿Qué idea nos dá de sí misma por sus declaraciones? Aquí es un *fénix*, en cualquiera otra parte sería una..... quiero callar. De todos modos, yo estaba en mi casa en la noche del 19 de Marzo.

EL PRESIDENTE (á Mad. Manson). ¿Afirmais haber reconocido á Bastide en casa de Bancal?

MAD. MANSON. Sí, señor presidente, es uno de los asesinos de M. Fualdés, y fué el que quiso matarme.

EL CONSEJERO PINAUD. Prestásteis un juramento, Mad. Manson.

R. Sí, lo presté al pié de un cadáver.

P. ¿Quién os lo ecsigió?

R. Bastide.

P. ¿Quiénes eran las demas personas que estaban alrededor del cadáver?

R. No puedo nombrarlas, soy acusada.

BASTIDE. ¡Todo esto es muy estraño! Aquí tenemos una acusada que responde cuando le acomoda, y guarda silencio cuando le conviene, y unos magistrados que dan fé á las declaraciones de una mujer sin moralidad y sin pudor. Yo pido que Mad. Manson motive sus asertos, y que no estudie su papel esta noche para declamarlo aquí mañana.

PRESIDENTE. Ella ha hablado y os ha nombrado positivamente.

BASTIDE. Ha hablado como en Corneille, como se habla en el teatro; ¿pero es así como se responde á la justicia? Si yo respondiese así, ¿estaríais satisfechos? En verdad que se me figura estar en el reino de las hadas.

—En ese caso seríais vos el mal génio, replicó Mad. Manson, y aquella salida que escitó la hilaridad del auditorio, cerró la audiencia de aquel dia.

Conforme se van desarrollando las escenas de este horrible drama, la luz se hace mas intensa. Muy luego la misma Bancal reconoce la imposibilidad de persistir en el sistema de denegacion en que se habia encerrado desde el principio de la causa, y despues de manifestar que estaba resuelta á hacer revelaciones completas, se espresa del modo siguiente:

—El 19 de Marzo, á cosa de las ocho y media de la noche, entraron en mi casa en tropel seis personas que conducian á un caballero, que despues supe ser M. Fualdés. Traíanlo con una mordaza en la boca y con un pañuelo que le habian pasado alrededor del cuello. Entre estos individuos habia cuatro bien portados: Bastide fué el único á quien reconocí y me parece que uno de los otros era español: mi marido no quiso decirme quiénes eran los que no reconocí; sin embargo, me aseguró que uno de ellos era sobrino de Bastide.

Bax y Colard eran del número de las personas que entraron en tropel. Este último no permaneció en la cocina mas que un cuarto de hora escaso, y salió diciendo: "¿Adónde me han conducido?" Algunos minutos despues volvió á entrar porque le ví otra vez en la casa. Oí que M. Fualdés pronunciaba algunas palabras, y entre otras estas: "¿Qué os he hecho?" Creo que fué Bastide el que contestó, pero no oí su respuesta. Entonces uno de los seis dijo á M. Fualdés: "Encomendaos á Dios." Nosotros quisimos salir, pero Bastide se opuso á ello, amenazándonos con matarnos si mi marido ó yo dábamos un paso para marcharnos: caí sobré una silla con la cabeza apoyada en mis manos: mi marido que advirtió que me sentía indispuesta, me hizo salir á la escalera y allí perdí el conocimiento. Cuando salí de la cocina no estaba allí todavía Missionier: es probable que le llevasen como á un imbécil que no sabia á donde iba. Bousquier llegó mucho tiempo despues, y afirmo que no ví absolutamente á Ana Benoit. Solamente ví á una muchacha que creo sea de la Roquette: nadie la habló, ni ella habló á nadie y se marchó.

Cuando me hallé en la escalera, cerraron todas las puertas, lo cual hace que no pueda decir lo que pasó; pero me parece que habia gente á fuera. Por la noche pregunté á Magdalena en el patio, qué era lo que habian hecho esos hombres que entraron en nuestra casa.

—¡Ay! ¡mamá! me dijo la niña: el hombre

quien han muerto debia ser muy malo: ¡le han degollado como á un cerdo!

Mi marido, á quien tambien interrogué sobre este malhadado asunto, me dijo que habian recogido la sangre en una vasija. El cadáver fué trasportado sobre un monton de estiercol que habia junto á la esquina de Freres.

Bastide, que oyó aquellas terribles revelaciones sin manifestar la menor emocion, se contentó con hacer observar al jurado que la Bancal creia poder salir del mal pasó forjando una fábula.

Las audiencias iban prolongándose, pero cada una parecia dar un nuevo interes á aquel misterioso asunto. Ese interes llegó á aumentarse muy pronto estraordinariamente con la llegada de la Rosa Pierret, en quien Mad. Manson intentó en un principio hacer recaer sospechas. Aquella muchacha, cuya estremada belleza se habia elogiado con razon, declaró con una modesta seguridad, protestando contra el papel que quiso atribuirle Madama Manson.

MADAMA MANSON.

Esta, por su parte, asegura y sostiene con energía que Rosa Pierret tiene un conocimiento completo de todas las circunstancias del asesinato del que, segun dijo, le habia referido aquella sus pormenores. El presidente puso fin á aquel debate sin resultado.

Agotada la lista de los testigos de cargo, se llamó á los que los acusados habian presentado para establecer su cohartada. Una cuñada de Bastide, Mad. Vergnes, afirma que éste no salió de sus tierras de Gros, en la tarde y noche del 19 de Marzo. Otras testigos deponen en el mismo sentido, y ya se creia que iban á cerrarse los debates, cuando de repente el acusado Bax manifiesta que quiere completar con nuevas revelaciones las declaraciones que ya habia hecho, pero ocultando una parte de la verdad. Despues de referir los hechos ya conocidos, añade:

—A las ocho y media de la noche, cuando entré por segunda vez en la cocina de la casa de Bancal, ví en ella á M. Fualdés sentado en una silla y rodeado de Bastide, Jausion, Bessieres-Veynac, Bancal, Colard y la mujer de Bancal. Advertí que Jausion tenia en la mano una cartera de tafilete, en cuyo dorso habia una pequeña placa amarilla por la que se cerraba aquella cartera. El color de ese objeto era azul ó encarnado: no puedo señalarlo de otro modo.

Ya habia firmado M. Fualdés algunos efectos, y firmó otros mas en mi presencia. Habia unos doce ó quince. Hecho esto, los reunió Jausion, los guardó en la cartera de que he hecho mérito, y se metió la cartera en el bolsillo. Apenas quedó terminada la operacion de firmar los papeles, anunció Bastide á M. Fualdés que se dispusiese á morir. Este último hizo un movimiento, se levantó, y dirigiéndose á Bastide, le dijo con energía: "¡Pero podrá nadie creer que mis parientes y mis amigos se hallen en el número de mis asesinos!" Por toda respuesta, cogió Bastide á M. Fualdés y quiso estenderlo sobre la misma mesa en donde acababa de firmar los papeles. Ausiliáronle los individuos que le cercaban; Fualdés se resiste, y en medio de los esfuerzos que hacia para defenderse, oí que pedia un momento para reconciliarse con Dios. Bastide le respondió entonces: "Anda, ya te reconciliarás con el diablo." Por último, fué sujetado Fualdés y estendido sobre la mesa. Jausion, que tenia un cuchillo en la mano, le asestó el primer golpe; pero ignoro si le hirió. Fualdés hizo un esfuerzo, y cayó la mesa. Escapóse de entre las manos de los asesinos y se dirigió á la puerta; pero aunque yo me hallaba allí, no hice esfuerzo ninguno para detenerle. Bastide, que lo notó, me dió un bofeton, y, ausiliado por los demas individuos, volvió á coger á Fualdés y lo estendieron entre todos sobre la misma mesa que habian puesto otra vez en pié. En aquel momento empuñó Bastide un cuchillo y lo sumergió por diferentes veces en la garganta de Fualdés. Este prorumpia en gemidos y gritos sofocados; pero ignoro si le tenian tapada la respiracion, ó solo le habian puesto una mordaza.

La Bancal recibia la sangre, no en un cántaro,